Raíces en el mar

Raíces en el mar
Manuel Bellido Milla

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
C/ Cabeza del Rey don Pedro, bajos
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 9788418109577

Maquetación, diseño y producción
© 2019 Manuel Bellido Milla
© ilustraciones: Manuel Bellido Milla
© 2019 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Raíces en el mar

Manuel Bellido Milla

A Hakima:

De ella: los innumerables días con sus tardes, noches y madrugadas y, el cariño, el consejo, el espacio y el sosiego necesarios sin los cuales no existiría esta historia.

A mis padres:

Cualquier infinita gratitud ha de parecer infinitésima ante sus enseñanzas, abnegación, valentía y esfuerzo sin límites como vencedores del destino.

—Y en verdad, Céfalo —dije yo—, me agrada conversar con personas de gran ancianidad; pues me parece necesario informarme de ellos, como quienes han recorrido por delante un camino por el que quizá tambien nosotros tengamos que pasar…

Platón.
La República.

Al navegante

Navegante que has zarpado
y arrecifes adivinas,
manten tu ojo avizor
a la corriente y deriva.

Determina bien tu rumbo,
él, marca la estela en tu vida...
y, atraviesa el mar sin miedo
con borrasca o ventolina.

Cuidado con las sirenas
cuyos cantos te desvian.
Atención a la arribada.
Muchos puertos son: mentira.

Recuerda cuando navegues
que no hay tesoros en islas,
la fortuna está en ti mismo
y en el tiempo, que no lo tiras

Índice

Prólogo 17
1. Despertar de marismas 19
2. Palos en las ruedas 45
3. Ante la reina 51
4. Etílica reunión 71
5. Alevoso terreno 111
6. Acoso y esperanza 123
7. Unirse al enemigo 149
8. Encuentro crucial 165
9. Madrid 189
10. Descanso por Navidad 223
11. De nuevo en la bahía 243
12. Lógica para un acuerdo 267
13. Una clave 285
14. Lecciones del camino 303
15. Comisión naval en Londres 335
16. Retorno desde Inglaterra 391
17. Una novia en Cádiz 407
18. Cuidadas praderas 417
19. El balneario 425
20. Alto copete 441
21. En la bahía 455
22. Desde Nueva York 463
23. Bahía de Tánger 475
24. ¿Un nuevo ministro? 505

25. Cuestión de artillería 521
26. Misión en Génova 543
27. En una antigua dársena 561
28. Asuntos de negocios 593
29. Vacaciones en Santa Águeda 615
30. Un preludio para un Final 633
31. Fondeadero de la Habana 651
32. Y, salieron para el Norte 701
Agradecimientos 733



Escena que recrea al submarino de Isaac Peral atracado a un muelle durante las pruebas de evaluación de la nave.

Prólogo

En esta nueva entrega literaria, el autor nos volverá a plantear, una visible crítica del siglo XIX, un tiempo, donde se van a decidir, cuestiones estratégicas y de máxima relevancia para España, y por ende, sus repercusiones a todos los niveles.

En lo geográfico, se hace una descripción muy ajustada del papel industrial de la bahía de Cádiz, sobresaliendo las instalaciones navales de Cádiz, Puerto Real y la Carraca de San Fernando. La pasión por el mar, se siente desde el principio de la novela, teniendo sus protagonistas a lo largo del tiempo un hilo conductor muy interesante.

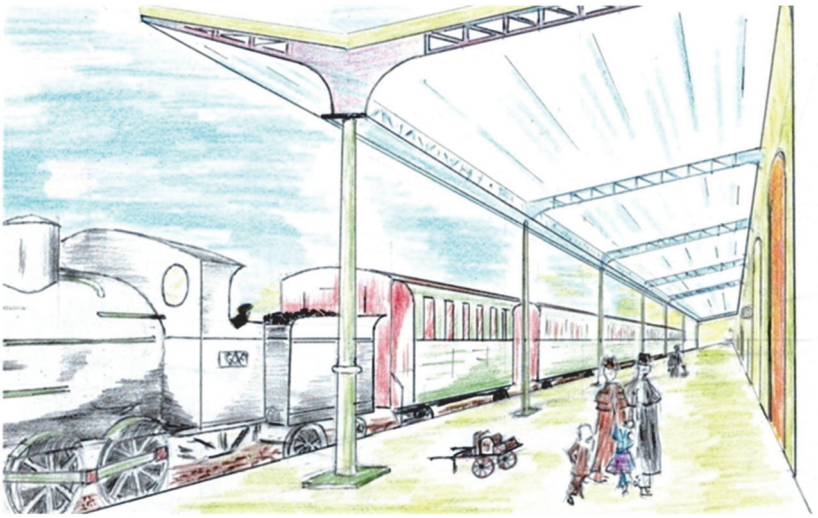
Las familias de la burguesía gaditana, muy ilustradas por otra parte, están representadas en sus justos términos, además de retratarse con mucho rigor, el ambiente intelectual y económico de aquella época.

Es seguro que todavía quedan elementos sociológicos y económicos por analizar en el periodo histórico donde se desenvuelve la novela, en este sentido el autor de nuevo, no defrauda, con los conocimientos y el rigor que incorpora a esta aventura novelada.

Animemos al autor, a que siga en la senda de hacernos comprender mejor a través de sus trabajos literarios, la extraordinaria historia de nuestro viejo estado español.

Octubre de 2018.
Francisco Heredia Coronado.

1. Despertar de marismas



La semana anterior a nuestra partida, me descubrí en mitad de una odisea más propia de un Ulises que de un chaval que apenas comprendía lo que pasaba. Lo cierto es que durante esos días anduve inquieto y agitado, invadido por una incierta sensación mezcla de zozobra y aventura que me soliviantaba durante el día, y apenas me dejaba dormir durante la noche.

Tanta excitación terminó por hacer mella en mi vitalidad, mucho más, después de tener que soportar acurrucado junto a las faldas de mi madre y en mitad de la noche, la larga espera del correo mixto que, procedente de Madrid, se retrasaba como al parecer era su costumbre.

Por fin subimos al tren y allí todo resucitó. Mi padre tenía reservado un compartimento en segunda clase para la familia: mis padres, mi hermana y yo, aunque al llegar a la estación de Andújar, el jefe de estación informó a mi padre que había recibido un telegrama de Madrid informándole que debíamos compartir el departamento con un

señor viajante que venía solo y con poco equipaje desde Madrid hacia Cádiz, señor al que no conocíamos, lo que no supuso mayor problema, al tener el departamento espacio más que suficiente para cinco personas y haberse ofrecido el jefe de estación a descontarnos buena parte del pasaje por la molestia, razón que mi madre aceptó encantada, pareciéndole algo extraordinaria por lo singular.

El señor que ocupaba el departamento a nuestra llegada mostró unos exquisitos modales y en el momento que abrimos la puertecilla, soltó el periódico que tenía entre las manos, se levantó de su asiento y se presentó:

— Zacarías, agente de comercio, a sus pies. -Alargando la mano y solicitando con su gesto el permiso de mi padre para ayudarnos con nuestro abultado equipaje.

No parecía cansado, su aspecto era impecable y sus maneras: enérgicas y elegantes a la vez; deferente y atento, no perdía detalle de todo lo relacionado con nuestro aspecto y manera de conducirnos, analizándonos con sutileza desde una mirada penetrante que no se molestó en disfrazar.

Al rato, antes de llegar a Córdoba aprovechando que el señor Zacarías salió del departamento a estirar las piernas, pude escuchar a mi madre decir a mi padre:

— Nuestro acompañante más bien parece un hombre acostumbrado a la primera clase que a la segunda.

Lo cierto es que durante buena parte del trayecto —durante el tiempo que permanecí despierto—el Sr. Zacarías supo satisfacer mi curiosidad sobre todo aquello que llamaba mi atención, y una de las primeras cosas fue su fuerte acento hasta entonces desconocido para mí.

— Es el acento de alguien que viene de muy lejos. Del otro lado del mar.

— ¡De América!—Salté como una liebre.

— He dicho mar, no océano.—Dejándome caviloso como lo hiciera a menudo mi maestro de escuela.

— ¿Del mar Mediterráneo?

— De Grecia, a orillas del mar Negro.

Mi madre, que comenzó a reprenderme para que no molestara al señor Zacarías, al ver el agrado con el que nuestro acompañante me interrogaba, abandonó su celo deleitándose ella también en nuestra conversación, mientras mi padre roncaba y mi hermana dormitaba apoyada sobre el respaldo.

La noche y su impenetrable oscuridad eran nuestras compañeras únicamente violentadas por el rítmico traqueteo del vagón, la luz mortecina de la lamparilla y el silbido estridente de la máquina que a lo lejos se obstinaba en mostrarnos su enérgico vigor en cada trecho.

Las maquinas de vapor, los barcos, el telégrafo. Todo parecía estar al alcance de los conocimientos del señor Zacarías, eso y el tacto con que me preguntaba y deducía por mis respuestas el tipo de personas que eran mis padres y, el proyecto de persona que era el chaval que tenía delante. Naturalmente que todo ello lo supe después, con el paso de los años, al pensar y repensar mil veces sobre aquel fugaz y misterioso encuentro, no por ello menos indeleble en mi recuerdo, coincidencia en apariencia casual de la que alcancé a sospechar con los años, que no fue otra cosa que uno de tantos ardides que llevaban la marca de Zacarías Bazaroff, el gran magnate y poderoso traficante de armas en cuya mano estaba la facultad de poner y quitar gobiernos y que en esta ocasión, pareció utilizar a mi familia como cobertura de camuflaje para sus planes cualesquiera que fuesen, desde entonces, sin saberlo, su sombra me seguiría por casi todo el globo terráqueo durante muchos años.

Caí rendido y cuando me desperté se diluía la noche. Ahora la luz difusa del amanecer descubría una planicie inabarcable de marismas, jaspeada aquí y allá por montículos prismáticos de sal que competían en blancura con las pequeñas casas que el tren mostraba a su paso. Por todas direcciones, el laberinto de salinas se extendía desde nosotros hasta el horizonte a medida que el traqueteo rítmico del tren iba amortiguándose lentamente ya próxima la estación, y que de súbito, por un brevísimo instante, se tornó trepidante al cruzar el convoy el puente de hierro sobre las curvas sinuosas del caño del Sancti Petri.

Junto al curso del caño, la neblina espesa se pegaba a la anchurosa corriente gris ahora dueña y señora del paraje. Ya en la otra orilla, desde las calles que desembocaban en el arrabal, una riada de gentes presurosas, confluía en el camino del arsenal, prestando a la escena una

nota de dinamismo, mientras el tren, cansado, se detenía por fin con un último quejido de frenos y acero entre los remolinos blanquecinos de un vómito de vapor.

Nos despedimos de nuestro acompañante, que seguía hasta Cádiz, aunque no sin antes mostrarnos nuevamente su deferente ayuda con el equipaje y besarle la mano a mi madre en un gesto equidistante entre la galantería y la caballerosidad.

— Señores: tienen ustedes unos hijos estupendos. El chaval promete, procuren que no se desvíe.

— Mi hermana quedó a la espera de algún comentario para ella y, a cambio, el señor Zacarías se limitó a tocarle la mejilla.

— Y tú, ayuda mucho a mamá.

No hubo más. Al bajar al andén la estación de San Fernando se nos mostró repintada y digna. Solitaria, con la sola excepción de la rechoncha figura del jefe de estación, que impasible, nos daba la bienvenida acompañado de un fanal ferroviario pendiendo tambaleante de su mano, junto al que se relamía un escuálido chucho somnoliento.

Por mediación de un pariente que vivía en Cádiz, mis padres habían alquilado una casa en el barrio de La Pastora. Lo primero que hice al llegar fue subir a la azotea. Las casas de tierra adentro de dónde veníamos no tenían azoteas, así que ante la novedad, trepé las empinadas escaleras devorando los escalones de dos en dos hasta superar los tres niveles de altísimos techos. Ya en el exterior, aún seguí más arriba hasta llegar a lo más alto de la pequeña torre mirador, destinada por los vecinos a lavadero comunal, los cuales, desde el primer momento nos dieron una calurosa bienvenida asomándose a la balconada del patio acristalado y acercándose hasta nosotros brindándonos pasteles y limonada evidenciando su hospitalidad.

Fueron los chiquillos de mi edad, mis vecinos, los que, encaramados en la pequeña atalaya de la torre, me fueron contando los pormenores del paisaje: el puente Zuazo, la Carraca, el caño del Zaporito y el nombre de cada una de las salinas: la Isleta, Santa Teresa, el Águila, el molino de mareas de San Pablo, lugares que ellos conseguían distinguir a la perfección, mientras quedaba aturdido entre la ingente cantidad de nombres nuevos: caños, lucios, riendas y vueltas de periquillo... No en vano, los padres de mis nuevos amigos eran casi todos salineros

o trabajaban en el arsenal, donde también lo haría el mío, según me había dicho mi madre el día que me contó que teníamos que marcharnos a buscar mejor fortuna a otra tierra y que tendría mucha suerte, pues conocería el mar además de hacer un viaje en tren, cosa esta última que por sí sola ya colmó entonces todas mis ilusiones.

Las gaviotas me impresionaron sobremanera quedándome prendado con su habilidad para volar sin mover las alas. Y la luz, la luz clara y difusa de las marismas, la blancura de las casas, sus ventanales enormes, la alegría de las gentes, el habla dicharachera de los pregoneros que resonaba en la calle y todo un rosario de novedades que me confortaban despertándome unos deseos incontenibles de aprender todo aquello que mis ojos, muy abiertos, iban absorbiendo con rapidez.

Ese día pasó casi sin darme cuenta, y por la noche terminé rendido soñando con barcos que transportaban montañas de sal en los que yo era el capitán, asomado a la cubierta fumando en una gran pipa, mientras navegaba a través de un laberinto de caños de los que únicamente yo sabía la salida, entre tanto que mis nuevos amigos marineaban veleros armados con pistolas gigantes, que nos defendían de los piratas que querían adueñarse de nuestra atalaya en la torre mirador.

Aquel verano fue el mejor de mi corta existencia. Felipa, mi madre, con la ayuda de las vecinas, por fin consintió dejarme marchar todas las mañanas con el resto de chiquillos hasta la playa de la casería de Osio, junto al varadero donde trabajaba el padre de uno de nosotros. Era la libertad, esa sensación que emergía desde lo más hondo de mi espíritu y que me hacía sentir radiante y a la vez responsable de mis hazañas mañaneras.

Algunas veces, nos acercábamos a hurtadillas a la población militar de San Carlos donde estaban los cuarteles de Marina y nos bañábamos en la poza que existía bajo el antiguo puente de piedra, cercano al canal de las Astillas, y que después supe llamado puente del Marqués de Ureña. Un día, agazapados entre las salicornias y los romeros que crecían al amparo de los estribos del puente, quisimos ir un poco más allá, y decidimos explorar el escaso kilómetro de tierra incógnita que nos separaba del caño de la Carraca.

Con mucho sigilo y determinación, avanzamos agazapados por el camino de la Clica, fantaseando historias de asedios y batallas hasta llegar a la boca del mismísimo caño de la Carraca. Fue entonces cuando

pude ver por primera vez uno de aquellos buques enormes que pintados de negro con ribetes dorados, lucían con poderío dos impresionantes cañones que imaginaba los más grandes del mundo.

Fondeado en el caño, el gigante de los mares estaba rodeado de pequeñas embarcaciones trajinando a su costado del que pendían guindolas con marineros afanados en repintar el casco. Me pareció inexpugnable, como una fortaleza flotante destinada a recorrer los océanos de aquí para allá, y que ahora, descansaba en su casa después de un incesante ir y venir, acariciado como hacía mi madre conmigo por las noches antes de dormir.

De nuestro ensimismamiento nos sacó aquella figura plantada con las piernas ligeramente arqueadas y manos enlazadas a la espalda, la misma que luchaba por aparecer circunspecta y de cuya faz —en la que se percibían enormes esfuerzos porque no brotara una mueca risueña— sobresalía un amenazador mostacho que nos interrogaba tan duramente como le permitían sus recuerdos niños, pues él mismo —se leía en sus ojos— había sido o querido ser uno de nosotros en su ya lejana niñez. El nombre de nuestra calle y de nuestros padres, a los que fingió conocer, fueron poniendo las cosas en su sitio, no sin la correspondiente reprimenda —que a ninguno nos pareció excesiva— aún después de hacernos prometer que nunca más cruzaríamos más allá del caño de San Carlos y el puente de piedra.

Después de preguntarnos por la escuela a la que íbamos, esperábamos que nos ordenara salir corriendo como almas que se lleva el diablo, y para nuestra sorpresa, se sentó a la sombra sobre un tocón de eucalipto proponiéndonos un pacto: él no diría nada de nuestra infracción a nuestros padres a condición de que le respondiéramos allí mismo todo lo que sabíamos sobre aritmética, historia y geografía. De esta forma, se estableció una animosa conversación en la que éramos nosotros los que preguntábamos y él quien respondía.

Fernando Villamil, bien lo supe después, un valeroso marino, especialista en electricidad, inventor enamorado de su profesión y de su tierra santanderina y gaditana a la vez. Fue él el que nos enseñó el nombre de cada una de las partes de aquel enorme buque, algunas de las cuales gritaban a coro mis compañeros antes de que él mismo las nombrara, palabras que se irían quedando grabadas en mi mente desde entonces para siempre.

El verano pasó, y con él se fueron los baños en la casería de Osio y las excursiones al caño Herrera, y en su lugar, llegaron otras sensaciones y otras vivencias, la más importante de ellas, mi incorporación como aprendiz al Arsenal de la Carraca, lo que incluía mi instrucción teórica en aritmética, la interpretación de planos, las nociones básicas de nomenclatura naval y las prácticas en los talleres, siendo asignado al grupo de trabajo que construía y después montaba las chimeneas y tambuchos de ventilación en los vapores. De esta forma y en compañía de mi padre, pasé a ser una de aquellas figuras madrugadoras, que todas las mañanas tenían una cita con el tren correo —el día que no llevaba demasiado retraso— mientras embarcábamos en los bombos para cruzar el caño camino del arsenal, escuchando los estridentes silbidos del tren al cruzar el puente ferroviario antes de parar en la estación de San Fernando.

Pasaron dos años, durante los cuales me esforcé como el resto de compañeros aprendices en las enseñanzas teóricas que recibía en la Escuela de Aprendices, logrando acostumbrarme finalmente a las largas jornadas de prácticas en el taller, con lo que poco a poco y, a pesar de mi corta edad, comencé a dominar el oficio ayudado de un peón, un hombre muy mayor, que era de la confianza del maestro. Aunque fue mi habilidad para el trazado y desarrollo de figuras volumétricas lo que despertó el interés de mis superiores, quienes después de haberme examinado sobre diversos aspectos y, tras lo que pareció una deliberación, me promocionaron al taller de maquinaria.

Dicho taller era en aquellos momentos un mundo aparte dentro del arsenal, lugar donde trabajaba una élite escogida, razón por la cual coseché la envidia de algunos de mis compañeros aprendices. Aunque fue con el paso del tiempo cuando comprendiera el verdadero privilegio que suponía estar destinado en ese taller y haber sido asignado ni más ni menos que a la modernísima sección de máquinas fresadoras en la que se mecanizaban elementos para la máquina propulsora de los vapores y las piezas para cubierta de buques que como el *Infanta Isabel*, ya empezaban a construirse y a reparar en el astillero.

El interior del taller estaba presidido a todas horas por el Sr. Quintana, el maestro, que entre otras, tenía la cualidad de aparecer inesperadamente por todas partes. No hablaba mucho, y gustaba recorrer siempre muy despacio el pasillo central del taller, sus dominios, desde

donde tomaba nota de todo cuanto acontecía. Todos sabíamos que no era un tipo altivo o engreído, aunque el acceso a su persona debía obedecer siempre a una causa justificada en relación con el trabajo.—El maestro no está para maritatas— solía decir al que osara abordarlo con una minucia o alguna cuestión insuficientemente estudiada a su juicio del maestro, que pasado el tiempo prudencial, acudiría al solicitante una vez retornado este a su puesto de trabajo dándole la correspondiente lección magistral, solucionar su problema y advertirle que la cabeza estaba para algo más que para llevar la gorra.

Aún siendo muy delgado, era la imagen viva de la robustez, y se diferenciaba en su atuendo del resto de trabajadores luciendo una impecable guayabera blanca en el verano y, una chaqueta cruzada de paño azul durante el invierno, que junto a la gorra y un montón de lápices asomándole por el bolsillo de la pechera, le daban una cierta aureola de marino.

Gustaba verse como el padre protector de todos, aunque tuviese a su cargo varios hijos pródigos no redimidos que, por lo bajini, solían mostrar su desacuerdo con él cada vez que tenían ocasión, discrepancias estas casi siempre relacionadas con lo que ellos llamaban su estrechez y que no era otra cosa que la intachable honestidad con que Quintana se desenvolvía en todas las cuestiones que le afectaban, a lo que había que añadir un correcto sentido de la disciplina, muy alejado de cualquier alarde castrense y, un plano que pocos conocían, y que yo descubriera únicamente cuando fui merecedor de su confianza, y era que Quintana en el fondo no era más que un sentimental que portaba un corazón grande y generoso al que afectaban sobremanera el devenir de cualquier cosa en la que él pusiera su empeño o su esperanza.

El caso es que nada más llegar a mi nuevo puesto de trabajo, el Sr. Quintana, avisado de mi habilidad con los números, quiso poner a prueba mis conocimientos y me ordenó calcular un tren de engranajes para mecanizar un husillo de freno que se debía fabricar para un molinete averiado. Como quiera que me ilusionaba todo lo relacionado con la aritmética, después de pedir permiso para sentarme en un taburete, solicité al Sr. Quintana —no sin sorpresa por su parte—la relación de ruedas dentadas disponibles en el taller, y me puse a desarrollar con soltura las series de fracciones reducidas que me condujeron a las tres ruedas de engranajes que había que colocar en la lira de la fresadora,

tal y como había aprendido por mi cuenta en un libro de la biblioteca técnica del arsenal, cuyo encargado, Faustino, lo era a su vez de la Escuela de Aprendices. Gracias a la amistad paternal que me profesaba Faustino, todos los días después de mi jornada de trabajo, él me abría las puertas de la biblioteca para que campara por ella a mis anchas durante al menos una hora. Le sigo agradecido por ello y así lo esteraré de por vida.

Ya fuera por la rapidez con la que desarrollé el cálculo o por la humildad con que me conduje ante Quintana, el caso es que desde ese momento, el maestro me acogió bajo su protección y me encargó desde entonces realizar los cálculos numéricos necesarios según qué caso para toda la sección de máquinas, siendo aceptado de buen grado por la mayoría de mis compañeros a los que ayudaba en cualquier tarea en la que intervinieran las matemáticas, cosa que festejaban hasta con mi propio padre, pugnando entre ellos por si el pibe —que era como me llamaban—era con los números más rápido o no que el *"Míster"*, un ingeniero inglés que según decían había llegado al arsenal hacía algunos años y que tenía fama de sabio.

Dada mi juventud y mi desparpajo, casi todos los compañeros con los que trabajaba me trataban como si fuera su propio hijo, enseñándome a desempeñar multitud de tareas y reglas no escritas en los libros, reglas donde residían las claves para prosperar entre las personas y las máquinas en mitad de una actividad fabril. Por mi parte, procuraba empeñarme con ahínco en todo lo que me mandaban, cosa que me satisfacía y a su vez agradaba a mis compañeros y al maestro Quintana, todos ellos muy empeñados en hacer su trabajo lo mejor posible.

Algunos meses después, supe que el ingeniero inglés se llamaba John Huges, al que le costaba mucho relacionarse con los operarios del taller y la gente del arsenal en general, y que esta dificultad radicaba más que en su pésimo español, en su actitud decidida por marcar distancias. De vez en cuando, mis ojos atentos lo sorprendían desplegando su notable altivez imitadora de rasgos aristocráticos, momentos en los que se le podía ver a sus anchas. Esto sucedía sobre todo si paseaba por los talleres o explanadas, acompañando al almirante y a toda la corte de jefazos ante los que exhibía su mejor versión de estudiados ademanes de seguridad, siempre adornados con exquisitas poses de finos modales.

Según contaban los más enterados, su despacho estaba precedido de una oficina con cuatro empleados de su confianza, dependencia situada en la planta alta del taller justo encima de la oficina de Quintana. Estas oficinas tenían una entrada independiente a la que solo se accedía por una escalera externa al edificio, que según se comentaba en los corrillos, la había mandado construir el almirante para satisfacer la obsesión del inglés de no mezclarse con la gente, cuando el *"míster"* pretendió instalarse en la zona noble del arsenal junto al despacho de los jefes de la marina, cosa que al parecer de muchos, era llegar demasiado lejos por muy orlado de fama y de marchamos diplomáticos que atesorara el hijo de la Gran Bretaña.

Durante casi un año, siguió creciendo la fuente de mi curiosidad por este personaje, basándome también en el hecho de que Quintana nunca hablaba de él. Un día, que bajábamos mi maestro y yo de un buque atracado en el dique, le vimos llegar a la oficina bien entrada la mañana como solía: encopetado, con el paso ceremonioso y ataviado con bombín y un bastón dándose aires. Entonces le pregunté a mi maestro cuál era el papel de un ingeniero extranjero en el arsenal.

— Bueno, pues el Sr. John Huges es una especie de ingeniero sabio que está enseñándonos a poner en marcha el taller de maquinaria.

— ¿Cómo es entonces que usted nunca habla con él?

— Pues porque yo no sé inglés, y él no sabe español—Quintana observó cómo a pesar sus esfuerzos por mostrarse persuasivo, no conseguía saciar mi curiosidad.

— Sr. Quintana, ¿puedo preguntarle una cosa más sin parecerle que me meto en lo que no me importa?

— A ver. Suelta amarras.—Armándose de paciencia.

Caminábamos con pasos presurosos como gustaba ir y venir a mi maestro.

— ¿Y el encargado del almacén de acopios que frecuenta tanto el despacho del inglés, en qué idioma se entiende con el míster?

— ¿Qué se yo? Imagino que irá a despachar con alguien de su oficina.

Con mis ojos, quise suplicar al maestro que no me hiciera callar.

— Será eso, aunque es curioso que siempre que aparece Damián por la oficina del míster, es porque el inglés ya está en su despacho.

Quintana se paró en seco y por un momento creí que me iba a azotar allí mismo.

— Mira Benito, te voy a dar un consejo de viejo: nunca interfieras en el juego de los poderosos. En eso te va tu puesto de trabajo.

— Por eso usted no intervine.

Me pareció que Quintana iba a perder la paciencia y sin embargo, se contuvo ante lo que estuvo a punto de ser una falta de respeto por mi parte, si es que no lo fue realmente.

— Mira jovenzuelo, si quieres seguir a mi lado no olvides lo que te he dicho. Más te vale que aprendas a ver y a callar.—Apostilló.

El maestro, que hizo un ademan para emprender la marcha, al verme resuelto y templado abortó su intención como leyendo mis ojos.

— A ver zagal, suelta de una vez lo que tengas.

— Les he dicho que no.—Pronuncié de la manera más formal que pude.

Los ojos de Quintana se abrieron de par en par.

— Ha sido ese Damián, el del almacén, el mismo que va y viene todos los días al despacho del inglés.

La expresión de Quintana pasó de la sorpresa a la incertidumbre frenada en la antesala del disgusto.

— Como usted me manda todos los días a revisar la carga de las piezas terminadas que salen del taller y para hacerlo he de salir a la explanada, pues ese almacenero se ha dado cuenta que algo me llamaba la atención en sus idas y venidas a la oficina del ingeniero. El otro día, al pasar los bombos de regreso a casa, me dijo que si quería llegar a ser alguien en el arsenal tenía que buscarme unos buenos padrinos.

La cara de Quintana era la de un sabueso auscultando mis ojos.

— Yo le dije que ya tenía mi protector en mi maestro. El Sr. Quintana. Discúlpeme si le digo, que el muy pellejo se echó a reír quedamente.—Quintana dio muestras de empezar a tomar aquello en serio.

— Entonces fue cuando me dijo que él sí que tenía amigos influyentes en el arsenal, y que esos amigos suyos se habían fijado en mí y

que podían darme la oportunidad de llegar a ser encargado si yo era lo suficientemente listo y aplicado. También me dijo que sin amigos como los suyos no se sobrevive aquí.

La sirena de un vapor enmudeció la conversación, momento durante el que mi sostenida expresión de franqueza y serenidad, disolvieron todas las dudas de Quintana.

— Que dos grandes jefazos me mostrarían su gratitud con creces si colaboraba.—Quintana había enmudecido.

— Y que como yo estaba encargado de examinar los pedidos terminados del taller de maquinaria; cada vez que ellos me lo indicaran, debían distraerse algunas de las piezas mecanizadas que me señalaran.

Ambos nos estudiábamos más allá de las palabras.

— ¿Qué más?—Soltó rotundo.

— Estaba enterado de que yo le hacía a usted los pedidos de materiales al almacén general y me indicó los beneficios que obtendría si lograba engordar las cifras de vez en cuando.—Los dos enmudecimos por un instante.

— Entonces, le pregunté que cómo pensaban cuadrar los números del peso de los materiales almacenados y las piezas producidas.—La expresión de Quintana vagaba entre la perplejidad y la rabia.

— Me hablo que para justificar el exceso de materiales se podría aludir a que los desperdicios de virutas habían aumentado con las nuevas máquinas y el incremento de producción, y que, por los pesos no me preocupara ya que la única báscula autorizada en el arsenal estaba en su poder.

— También me dijo que me estaba brindando su amistad, y que ya era lo bastante mayor como para saber a qué atenerme.

— ¿Y todo eso te lo contó mientras cruzabais en los bombos?

— Ya sabe usted que vivo en la calle Santo Domingo, y él vive en la plaza de La Pastora, detrás de mi casa.

— Así que tuvisteis tiempo…

— Desde el principio tenía muy claro que no me iba a prestar a ningún juego con ese almacenero, así que decidí dejarlo hablar. Tarde o temprano, pensé, éste puede ser mi enemigo, así que preferí que hablara él mientras yo callaba.

Llevábamos demasiado tiempo parados en medio de la explanada a la vista de todo el mundo, de manera que para no llamar más la atención emprendimos la marcha hasta adentrarnos en el taller y refugiarnos junto al ruido de fondo de una de las máquinas más esquinadas.

— Ese jodido inglés lo va a pudrir todo, maldita sea.—Era la primera vez que oía maldecir a mi jefe.

— Esa es su verdadera misión en este arsenal. Corromperlo para que sea imposible hacerlo funcionar. Es un maldito espía inglés consentido y arropado dese dentro para hacer su trabajo a plena luz del día.

— Pero ¿por qué?

— Por lo de siempre. Por el dinero. Por la cantidad ingente de dinero sucio que sacan a espuertas del arsenal y que se reparten impunemente entre una pandilla de corruptos acostumbrados al vicio y al dinero fácil.

Quintana hizo una mueca que expresó con toda claridad la nausea que sentía por esa gente, y guardó silencio por un instante, el tiempo de irrumpir en sus ojos un alma herida y descarnada a flor de piel.

— Solo por dinero. —Respiró hondo y prosiguió.

— La cuestión, es que de seguir así las cosas, más tarde o más temprano el arsenal se adormecerá atascado en el lodo hasta quedar inservible y, ese será el momento en que nosotros nos quedaremos sin trabajo.

— ¿Y si ocurre algo y finalmente no se salen con la suya?

Hubo un silencio más elocuente que las palabras, en el que el maestro me miró con la especial ternura con que se mira a los cándidos pardillos. Aún así, algo en el interior de Quintana lo impulsó a considerar tal posibilidad.

— Para pelear en esa batalla hay que estar dispuesto a sufrir mucho, además de poner en el empeño todo el esfuerzo e inteligencia que tengamos a mano. Y si estamos solos es algo imposible, es algo que supera mis fuerzas y mis influencias. En cualquier caso, como te puedes imaginar, frente a esa pandilla de rufianes no será fácil sobrevivir.

— Le gana la corrupción a la honestidad y pierde el arsenal y si me apura maestro, pierde España y nosotros con ella, que seremos los peor parados al quedarnos sin trabajo.

— ¿Tú no querías saber por qué andaba por aquí husmeando un ingeniero extranjero? ¡Pues ya lo sabes!

— Todo está claro maestro.

Nunca más volvieron a abordarme los del almacén, a pesar de que mi padre y yo coincidíamos con Damián, caminando por la misma calle muchas madrugadas camino del trabajo. Gracias a Quintana supe que Damián no era del tipo de personas a la que le gustara repetir las cosas, así que mi silencio lo tomó como una negativa cierta y desde entonces procuró observarme y mantener las distancias.

Quintana me advirtió que me anduviera con cuidado con él y me contó como el carácter del jefe de almacén se había forjado desde niño entre los arrieros de las salinas y luego más tarde con el acarreo y venta de toda clase de productos de contrabando, principalmente procedentes de Gibraltar, muy cotizados por la opulenta burguesía gaditana: jarrones de finísima porcelana china, biombos de Nankín, relojes e instrumentos náuticos de precisión, sedas, cuberterías de plata y un largo etcétera, que eran puestos por Damián y su padre a disposición de familias acaudaladas de la zona, si bien se contaba que había otras familias de elevada posición que en la ciudad de Cádiz no querían tratos con el arriero.

No se le conocía madre, de manera que se crió junto a su padre en las tabernas de Chiclana y posteriormente entre los tugurios de la calle Plocia, junto al puerto de Cádiz, donde siendo un mozalbete llegó a conocer a cierta dama entrada en años que se encaprichó de la virilidad del joven Damián, introduciéndolo como cochero en la casa de un alto cargo de la marina donde labró su futuro, pues la mencionada dama y su amante —ahora erigido como nuevo protector de Damián— lo colocaron en el arsenal de la Carraca, donde gracias a su buena cabeza para los nombres y los números, y a los pocos escrúpulos por respetar lo ajeno, supo escalar en el escalafón hasta convertirse en uno de los mejores y más rentables baluartes de los intereses ocultos de sus nuevos protectores.

Damián también era un hombre hosco, conocido desde su juventud por su brutalidad y por tener muy pocos amigos. Si alguien se le cruzaba en su camino debía andarse con cuidado porque no dudaba en sacar a las primeras de cambios sus maneras violentas, navajas incluidas, aunque en este punto, los años, la seguridad de su posición

económica y un cierto lustre adquirido al paso por el arsenal, habían logrado refrenar sus arrebatos coléricos, ya que para el trabajo sucio ahora contaba con un puñado de sicarios dispuestos a lo que fuese. Por último, no era chismoso, no bebía y solía acudir a las tabernas, cualidades éstas que agradaban mucho a sus protectores.

Además de un pequeño partidito en San Fernando donde vivía solo, tenía casa en la gaditana calle del Pasquín, donde acudía por sus negocios de vez en cuando siendo atendido por dos mujeres a la vez. Una de su edad, antigua prostituta retirada de la calle San Juan y otra más joven, al parecer pariente suya llegada desde Medina Sidonia para servir en su casa. Según algunos, formaban un triángulo amoroso conocido en la vecindad como "El tres de copas", debido a los acarreos de vajillas y cristalerías de contrabando por los que Damián seguía acudiendo a Cádiz.

Desde que me abordara en el arsenal, lo más novedoso que ocurrió a simple vista fue que desaparecieron sus regulares visitas a la oficina del inglés, y también que mi padre —lo supe después— comenzara a recibir todo tipo de rumores y falsedades sobre mi mala conducta en el taller de maquinaria. En cualquier caso, Quintana parecía confiar cada vez más en mí trabajo, y entre los compañeros, ya tenía un sitio bien ganado, por lo que decidí no preocuparme más de la cuenta.

Una tarde de sábado cuando el sol se perdía por el istmo de Cádiz, después de un largo paseo junto a las antiguas atarazanas que hay junto al puente Zuazo, cerca de casa, mí padre se detuvo y me puso su mano en el hombro.

— No me creo eso que me cuentan sobre tu mal comportamiento.

Aquellas palabras me sorprendieron y apenaron al ver la cara de preocupación de mi padre.

— No es lo que me cuentan de ti Benito. La pregunta es ¿Por qué? —Justo antes que le preguntara por el chismoso, mi padre continuó hablando

— Ya sabes que al pañol del dique llega todo el mundo así que los comentarios me los hacen llegar indirectamente desde la gente que menos aprecio. Los acólitos de ese Damián encargado del almacén, que por suerte o por azar no es mi jefe aunque a punto ha estado de serlo.

A lo lejos, se oían las voces de un grupo de marineros ultimando la maniobra de varada de una barcaza salinera recién acunada sobre el fango que descubría la marea.

— Quiero que me cuentes por qué te ha enfilado ese Damián.

— Es sencillo padre, me ha propuesto colaborar en sus trapicheos y he dicho que no. Quintana está al tanto de todo y el maestro me ha dicho que me preocupe solo de mi trabajo y que no me caliente la cabeza.

— Sin embargo, hay que hacer algo con los rumores que corren.

— No te preocupes, padre. Mi puesto de trabajo está bien defendido, aunque, también te digo que no logro verme en el papel de ladrón. Tú me lo enseñaste ¿Recuerdas?: *"no hagas nada que te haga sentir vergüenza cuando estés ante el espejo por las mañanas"*, y es eso precisamente lo que voy hacer, padre.

— No hace falta que te diga que solo tenemos nuestro puesto de trabajo, y que este estará seguro siempre que cumplamos con nuestra obligación. Veo que entiendes eso.

Permanecíamos acodados sobre el pretil de un puente Zuazo solitario a esta hora de la tarde en la que menguaba el tráfico de carruajes, y con él, el ajetreo cotidiano de este paraje ahora sumido en el silencio que, oficiando como nuestro compañero, nos incitaba a elevar la mirada perdiéndola entretejida a lo lejos entre las delgadas nubes encarnadas, coronando la lejanía y abarcando con sus vaporosos trazos, desde el profundo océano presentido hasta el perfil suave del cercano cerro de Los Mártires.

— Ya tienes edad para conocer algunos detalles de la salida de nuestra hacienda de Córdoba y de nuestra llegada a San Fernando.

Ahora nos mirábamos sentados sobre el pretil mirando al camino de espaldas a la corriente del caño.

— Años antes de llegar aquí, la hacienda de mis padres, tus abuelos, había quebrado como consecuencia de los muchos gastos que tenía una familia demasiado grande y acostumbrada a un tren de vida que ya no se podía permitir. Eso y a la poca cabeza de todos para entender que los tiempos estaban cambiando y que los negocios había que hacerlos con algo más que buenas intenciones y un simple apretón de manos.

Era la primera vez que escuchaba en voz de mi padre un análisis autocrítico tan sincero respecto a la situación de bancarrota en la que se vio sumida la economía de la familia antes de emigrar a la bahía.

— Gracias a Dios, tu abuelo antes de morir aún conservaba buenas amistades. Uno de esos amigos era un comerciante de Cádiz con el que exportaba aceite para los Estados Unidos y Cuba. Ese comerciante es amigo de D. Cecilio Pujazón, el Director del Observatorio de la Marina aquí en San Fernando y por cuya intervención y mis conocimientos de contabilidad, pude encontrar una colocación en el arsenal. También gracias a Don Cecilio tú pudiste ingresar como aprendiz al poco tiempo de nuestra llegada.

Desde nuestra posición, una vela al tercio comenzaba a surgir desde interior de la mole pétrea del puente bajo nosotros, empujada más por la corriente bajante que por la pequeñísima brisa de levante muy menguada con la llegada del crepúsculo.

— Ya sabes del prestigio de Don Cecilio, y puedo asegurarte que aunque nunca he dicho quién era nuestro valedor ya que nadie me lo ha preguntado. El asunto de nuestra llegada no es un secreto para aquellos que están enterados de las cosas del arsenal, y Damián lo está. Por eso, de momento no hará nada contra nosotros, lo que no significa que no debamos andarnos con ojo.

Por la mirada de mi padre parecía a punto de brotar una catarata de sentimientos, justo antes que el brillo de sus ojos lo delatara demasiado y se fundiera conmigo en un cálido abrazo que me llenó de energía renovada.

Durante los meses siguientes, seguí empeñado en el trabajo sin preocuparme más que de mis libros y de dominar el oficio de mecánico, gracias a las facilidades y enseñanzas de Quintana y a la ayuda de algunos compañeros a los que sentía como miembros de una segunda familia. Se puede decir que era un muchacho sano y feliz al que solo le quedaban las tardes de domingo para pasear por la calle Real e invitar a las muchachas a una horchata frente a la iglesia Mayor.

Una mañana, Vicente, el mayor de los compañeros del taller, me llamó para que le ayudara a descifrar una cota de difícil interpretación que había en el plano que tenía entre manos.

Examiné el plano. Se trataba del disco de asiento de una válvula de vapor, una de esas piezas que se deterioraban con rapidez por la acción del vapor y que no era raro encontrar por todo el taller. De hecho, era uno de los encargos habituales que solía traer Quintana cada vez que llegaba a reparar un buque al arsenal.

Aunque en aquel plano había algo raro. Se trataba de la nitidez de las líneas y algo impreciso que lo hacía extraño cuando te fijabas en detalle.

No dije nada y me dispuse a escuchar las consabidas quejas de Vicente, que además de un excelente profesional, era un hombre tímido con fama de cándido y cuerpo tan menudo como dinámico, realzado aún más si cabe por su mirada de ardilla y su carácter inquieto; en el que a poco que se escarbara, se disolvía con facilidad su aparente brusquedad inicial, apareciendo entonces a las claras y ante cualquiera, un hombre buenazo siempre dispuesto a ayudar y compadecerse de todo el mundo.

La cota que torturaba a Vicente no es que estuviese confusa, es que no aparecía en el dibujo. Era como si la hubieran cortado al imprimir el plano. Algo muy extraño que preferí pasar por alto al comprobar que podía deducirse fácilmente. Saqué del bolsillo de la pechera la tabla de senos y cosenos y en voz alta muy despacio comencé con las operaciones matemáticas que me llevaron a la resolución del problema.

— Esto es trigonometría, Vicente.

Vicente callaba y se relamía la lengua entre inquieto e impotente con los sentidos completamente alerta mientras yo concluía la pequeña operación.

— Qué suerte tenéis los pibes de hoy, que podéis aprender de números. En mis tiempos teníamos que elegir entre las cabras o la sal y el hambre en cualquiera de los dos casos.

Usando el privilegio delegado por Quintana, firme sobre el plano junto a la cota manuscrita y añadí la fecha.

— Ya está. Ahí tienes tu cota, así que a trabajar.

— ¿A trabajar me vas a decir a mí? Que sepas que ya lo hago mucho antes de que nacieras tú. Desconsiderado. Ya veremos cómo trabajas tú cuando tengas mi edad.

Entre bromas afectivas nos terminamos riendo de buena gana y nos dimos la mano como buenos compañeros.

— ¿No te importa que me lo lleve?

— Por mí como si te quedas para siempre.

— Procuraré traerte uno más claro después del almuerzo.

Durante la hora del almuerzo acabé fugazmente el hatillo y pedí autorización a Quintana para subir a su oficina y mirar en sus archivos, lo que obtuve con alguna reticencia pues al maestro no le gustaba que husmearan en sus papeles. Con avidez entré en la oficina dirigiéndome hacia la pared junto al ventanal, situado frente a la mesa escritorio donde había una serie de archivadores de madera, en cuyas cajoneras, se leían los nombres de los buques de la marina que habían recalado o que habitualmente reparaban en el arsenal. Revisé y allí estaban la fragata *Zaragoza*, la *Numancia*, la *Arapiles*, el *Velasco* y por fin el *Infanta Isabel*.

El *Infanta Isabel* tenía dedicados dos cajones estrechos de fichas a modo de índice y un cuerpo entero de archivadores enumerados del uno al ocho. Abrí el índice y busqué la orden de trabajo que figuraba en el plano de Vicente. Allí estaba. Anoté la reseña y saqué la ficha en la que constaban todas las referencias que se habían sacado de ese plano al taller en los dos últimos años. Parecía que en los últimos meses se habían fabricado muchas piezas contra esa orden, todas ellas autorizadas por una firma que no era la de Quintana.

En la ficha índice figuraba el número 3.12 que correspondía a la tercera cajonera, posición 12 donde encontraría la carpeta de planos correspondientes a la orden de trabajo. Extraje la carpeta y la dispuse encima de la mesa del maestro encontrando el plano en cuestión. Lo extendí sobre la mesa junto al que me había dado Vicente y apareció Quintana por la puerta.

— ¿Desde cuándo tienes interés por las órdenes de trabajo del *Infanta Isabel*?

La cajonera aún permanecía abierta…

— Desde ésta misma mañana, maestro. Desde que Vicente me llamara apurado pidiéndome ayuda.

Quintana parecía molesto al verme entre sus papeles aunque había sido él mismo quien me había dado permiso para hacerlo. Traté de

justificarme intentando encontrar el aplomo necesario entre mis torpes balbuceos.

— Se trata de éste plano.

— ¿Qué tiene de especial este plano? —Venía a decir la expresión del maestro.

— El dibujo no está cuadrado en el papel.

Ahora Quintana apartó la mirada del papel y me clavo los ojos por encima de sus lentes.

— ¿Cómo es posible que ocurra esto?

— Pues es posible porque no es un plano autentico.

— ¿Qué estás diciendo muchacho?

— Es una foto.

— ¿Una foto?

Ahora comparábamos los dos planos.

— Es verdad. Que me maten si entiendo algo —Quintana puso instintivamente los brazos en jarra.

— Fíjate aquí.

El maestro señalaba el margen inferior derecho del plano recién sacado del archivador.

— La copia de mi oficina tiene una mancha que no tiene el plano que te ha dado Vicente.—Nos miramos reflexionando.

— Eso significa que la foto la han hecho antes de mancharse.

— O que se ha hecho desde otra copia diferente a la de mi oficina.

— O directamente del original.

— ¿Dónde se guardan los originales, maestro?

— Los originales del *Infanta Isabel* están aquí en la Carraca en el archivo general y la única copia que hay además de la mía, es la del propio buque.

Hubo un silencio intenso orlado de expectación y perplejidad.

— A ver, acércame esa ficha de trabajo.

— Esta firma es…, de ese chupatintas enchufado. Ese que viene por aquí una vez a la semana dándoselas de importancia.

Hubo más silencio, esta vez más incómodo que el anterior. Por fin me decidí a preguntar.

— ¿Cuál es el trabajo del chupatintas?

— Se llama Luis Ferrer, y se de buena fuente que es un amigo del ingeniero inglés. Viene con permiso de la superioridad, siguiendo órdenes para racionalizar la producción en el arsenal. No tengo ni idea en donde habrá aprendido a organizar un astillero ese catacaldos.

Mi rostro clamaba por alguna explicación racional en mitad de una de esas pausas suyas, tan significativas, que no decían nada y querían darlo todo a entender.

Por alguna extraña razón, lo cierto es que entre el maestro y yo había surgido un torrente de complicidad por la que nos intercambiábamos confidencias de nuestra vida fuera del trabajo, eso, y la garantía mutua de guardar el secreto, nos acercaba y nos hacía ganar en familiaridad. Quintana veía en mí el hijo que no tuvo y que se mostraba aplicado a sus enseñanzas, y yo, veía en el maestro a un segundo padre protector, el padre del taller. Prosiguió como con pesar y un cierto tono de auto reproche.

— Hace un año me hicieron llamar a través del ordenanza de la Ayudantía y me ordenaron con toda claridad no interferir en el trabajo de Ferrer.

Otra pausa. Ahora Quintana se acercó lentamente a la cristalera que daba al taller desde la que se divisaba toda la planta, incluidas las máquinas más alejadas. Comenzó hablar en un tono que denotaba una no menor turbación, con la mirada errática buscado algún lugar impreciso más allá del cristal.

— Además, también me dejaron claro que tenía que poner a disposición de Ferrer todas las máquinas que él necesitara y, que el propio Ferrer recogería las piezas una vez terminadas. No hubo brusquedades ni advertencias, solo un tratamiento cortés detrás del cual tuve la certeza que se escondía mi traslado del arsenal o cosas aún peores.

— No tenía ni idea que estuviera sucediendo nada de esto, maestro.

— Pues ya ves. Cada vez que ese Ferrer aparece por aquí, me pregunta cuales son las maquinas con menos trabajo y elige entre ellas. Y es él, quien ordena escoger los materiales, elije a los mismos operarios

de siempre y les ordena fabricar las piezas con los planos que les envía a través del ordenanza.

Ahora el maestro me miraba sacando de sí toda la dignidad que logró encontrar.

— Alguna vez, sobre todo al principio metí las narices en esos planos y no logré ver en ellos nada anormal. Eran piezas de todo tipo para las máquinas de los vapores, trabajos corrientes como los que se hacen en el taller a cientos. Así que termine por convencerme que esas piezas deberían ser para sostener algún almacén de reservas estratégicas militares o algo por el estilo.

— De todas formas, ¿qué podía hacer yo? Había recibido una orden y tenía que cumplirla.

— Un secreto de estado.

La frase la arrastré un poco más de la cuenta y percibí en el maestro un claro reproche que hizo sentirme avergonzado.

— Sí, secreto de estado o eso creí entender, o al menos eso me convino entender para ser más sincero. Aunque, ¿para qué engañarme? La verdad es que no quería inmiscuirme en los asuntos de los peces gordos, porque salir del arsenal hubiera supuesto enfrentarme otra vez a la penuria o a embarcarme de nuevo, para lo que ya no tengo ni edad ni condiciones. Y ellos lo saben.

El silencio que nos abrazaba entre frase y frase, se rompió con la súbita puesta en marcha de la maquinaria del taller, indicando la conclusión de la hora del almuerzo.

— Ni cuestión de estado ni gilipolleces.

Ahora el maestro pareció recobrar su característica energía. Su tono era enérgico como si se hubiera desembarazado del peso de una culpa.

— Ese plano que te ha dado Vicente, no me habla de políticas ni de estrategias, es sencillamente una chapuza mucho más propia de una pandilla de rufianes que de profesionales, no digamos ya de hombres de estado.

También yo me sentía aliviado ahora que mi maestro recobraba sus fueros.

— ¿Si no es para una reserva estratégica, cuál cree usted que será el destino de las piezas de Ferrer?

El taller había recuperado su latido fabril que nos llegaba a través ronroneo de máquinas y poleas como acompañamiento de fondo.

— El mercado negro Benito. El negocio de equipos y piezas de repuesto para la infinidad de vapores que arriban al puerto de Cádiz. Buques que no pueden perder tiempo en puerto, porque para ellos, cualquier tiempo en puerto más allá de lo estrictamente necesario es una ruina, un tiempo muerto con el que no se gana dinero para el armador. Por eso es tan importante para las navieras que sus buques zarpen sin retrasos.

La luz que se encendía en mis ojos hizo sonreír a Quintana.

— ¿Te imaginas lo que estaría dispuesto a pagar el agente de cualquier naviera por adelantar la salida de su buque aunque fuera solo un día?

— No sé, imagino que mucho.

— Muchas miles de pesetas. Y a veces ese día se puede ganar si se tiene a mano una pieza de repuesto para un órgano crucial de la máquina. Esas son las piezas que trae Ferrer a fabricar a este taller.—Quintana prosiguió reflexivo.

— Por esta zona no hay más talleres mecánicos que el del arsenal y el del *Dique de Matagorda*, y te puedo asegurar que la *Trasatlántica*, del Marqués de Comillas, no se va hacer la competencia a sí misma fabricándole piezas de repuesto a los buques de compañías extranjeras con las que compite en las mismas rutas.

Permanecíamos sentados sobre dos taburetes altos, junto al tablero de la mesa del delineante, muy cercana al amplio ventanal acristalado.

— La tentación es mucha, tanto como el dinero en juego.

— Lo que nos dice que Ferrer no está solo.

— Como tampoco está solo Damián el del almacén, el inglés y a saber cuántos más y de qué calibre.

Desde hacía un buen rato, un par de operarios a los que no se les escapaba nada de lo que ocurría en el taller, miraban de soslayo hacia las cristaleras de la oficina de Quintana. Estaba bien claro que mi dila-

tada presencia en la oficina del maestro y nuestras figuras deambulando por el despacho, estaban siendo el punto de mira de la curiosidad de algunos.

— Conozco a gente que nos puede ayudar para saber qué ruta siguen las piezas.—El ánimo de Quintana se había recuperado del todo.

— Sin olvidarnos también de los materiales que me propuso desviar ese Damián, porque estoy seguro que todo forma parte de lo mismo.

A estas alturas de la conversación, parecía que sin proponérnoslo, habíamos encontrado el hilo que nos acercaba a una trama de corrupción dentro del arsenal. Trama de la que no estábamos seguros de comprender su extensión y calado.

— Todos esos materiales deben salir del arsenal por mar, y estoy seguro que lo hacen de noche y en fines de semana.

— Maestro, creo que con un poco de suerte podemos saber el destino del contrabando. Solo debemos apostar a la persona adecuada en mitad de la bahía y esperar.

— Bien, imagina que hacemos eso y que finalmente descubrimos el almacén clandestino de las piezas de contrabando, y entonces ¿qué vamos hacer entonces con esa información?

En ese momento, llamaron a la puerta de la oficina. Dos toques: ni débiles ni excesivos. Justos, profesionales, los toques de alguien que sabe llamar a todas las puertas grandes o pequeñas. Tras la llamada, se abrió la hoja de madera dejando ver una figura huesuda y acicalada en la que se incrustaban dos ojos negros y diminutos. Los ojos del ordenanza de la Ayudantía.

— ¿Señor Quintana?

La pregunta era retórica no exenta de frialdad, pues, el ordenanza conocía más que de sobra a mi maestro.

— Dígame ¿qué se le ofrece?

La huesuda figura alargó la mano ofreciéndole a mi jefe un pequeño sobre blanco cerrado.

— Me dice el ayudante de vuecencia que debe personarse usted en la ayudantía lo antes posible.

En la pequeña nota, se instaba a Quintana a acudir a una reunión de carácter urgente en las dependencias del almirante.

— Si usted no ordena alguna cosa…

Las palabras del ordenanza habían sido pronunciadas de manera mecánica y formal. Carentes de emociones.

— Puede usted retirarse.

Al cerrarse la puerta, mi jefe me miró y nos acercamos a la cristalera. Desde la atalaya observamos cómo la escuálida figura salía al pasillo del taller arrastrándose en su cansino caminar. También las miradas, esta vez más descaradas de varios operarios que nos observaban desde sus máquinas.

— ¿Cómo se habrán enterado tan pronto en la Ayudantía?

— Las noticias vuelan más deprisa que el viento. Eso es algo que ya aprenderás si es que no lo aprendes hoy. Baja a tu puesto de trabajo que yo tengo una cita con los jefazos.

Al reincorporarme a la fresadora, los mismos dos compañeros que nos observaban en la oficina me miraron inquisitivamente como buscando respuestas a sus preguntas. Los despedí de un plumazo con una mueca dando a entender que no pasaba nada y procurando sumergirme en mi trabajo sin dejar de pensar en el maestro y en su cita, sabedor de ser objeto de las miradas furtivas y de los cuchicheos que intuía a lo lejos.

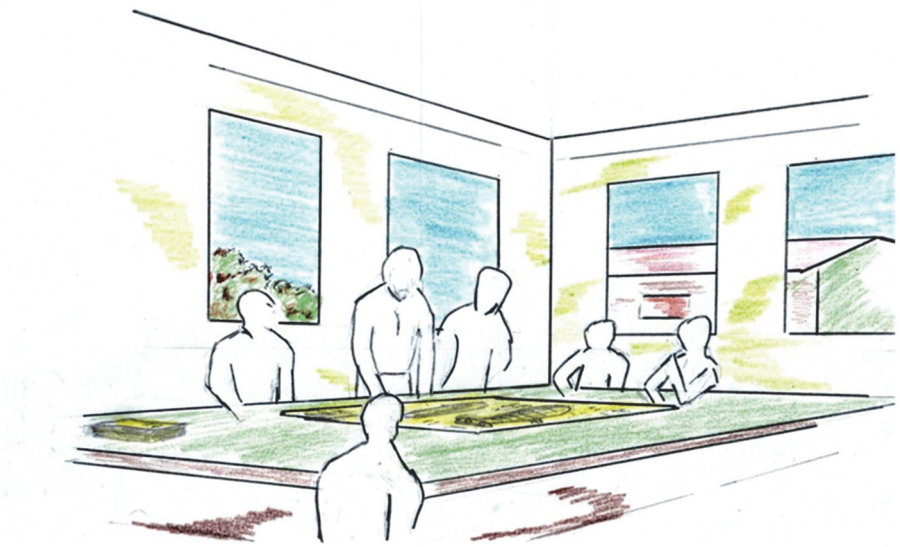
Quintana, al que ahora imaginaba vapuleado descarnadamente en la Ayudantía, sabedor de que yo mantenía correspondencia con Fernando Villamil, un día me contó la historia de cómo terminó trabajando en el taller de maquinaria. Por aquel entonces, él era Segundo Contramaestre en activo, y gracias a sus buenas cualidades para entender las máquinas de los nuevos buques, llamó la atención de Fernando Villamil que lo promocionó para ser comisionado en los astilleros de *Thompson Clydebank* en Inglaterra.

Todo el mundo en el arsenal sabía que Villamil guardaba muy buenas relaciones con el palacio real, y según se decía, era uno de los protegidos de la reina María Cristina, que lo apreciaba especialmente por su honradez e inteligencia como diseñador de unos pequeños buques llamados torpederos. Además, Villamil estaba empeñado en que los puestos clave de los astilleros en los arsenales españoles fueran ocupados por profesionales cualificados, capaces de organizar equipos para que en el futuro se pudieran reparar los buques torpederos que él

mismo había diseñado, y que por motivos políticos, imagínense ustedes, se construirían en Inglaterra ya en lugar de en España.

Quintana me contó que fue Villamil quien dio su nombre al almirante para que fuera uno de los afortunados de viajar y permanecer en Inglaterra el tiempo suficiente, y aunque no fue fácil aprender por la opacidad que mostraban los ingleses y la barrera del idioma, finalmente supo manejarse en su lengua y aprender lo bastante como para que una vez aquí en la Carraca, contribuyese a levantar desde cero el taller de maquinaria del que hoy era su maestro, gracias al apoyo constante de Fernando Villamil al que pocos rechistaban dadas sus influencias.

2. Palos en las ruedas



1887

Sin embargo, aquella era una de esas mañanas luminosas con las que el mes de abril tiene por costumbre regalar a la bahía de Cádiz. Así que en mitad del esplendor, mi maestro guardó el sobre de la cita en el bolsillo y se encaminó más despacio que de costumbre desde el taller hacia las dependencias del almirante esperando recibir un nutrido fuego graneado hasta ser enviado a pique en desigual batalla. Allí fue recibido por el esquelético ordenanza quien lo condujo con sus andares cansinos hasta una de las salas de juntas franqueándole la puerta con ademanes protocolarios.

En la sala, había varias personas de pie haciendo corrillo. Quintana conocía a todos los allí reunidos. Nadie pareció caer en su presencia, por lo que prosiguió acercándose al grupo con cierta cautela. Casi a dos pasos y justo antes de emitir una tosecilla, la persona que estaba en el centro del corro dirigiéndose al resto con entusiasmo, cayó en su presencia y lo saludó con efusividad. Se trataba de un pletórico Isaac Peral que saliendo del grupo se adelantó hacia él para abrazarlo.

— Señor Quintana, sea usted bienvenido. Con usted, ya se puede decir que estamos todos.

— Siento llegar tarde, he venido enseguida que he podido.

— Oh por favor, créame que no son necesarias sus disculpas, muy al contrario. Hoy es un día grande para España en el que no caben las disculpas.

Las palabras de Isaac Peral fueron correspondidas por los presentes con breves aclamaciones. Todos acogieron al maestro con franca camaradería. En esos momentos, desde el umbral de la amplia puerta apareció una figura remilgada: era el oficial ayudante de Vuecencia que con gesto altilocuente reclamaba la atención de Peral.

— Disculpen ustedes. —Sonó distante.

Peral se acercó a la puerta donde fue informado en tono confidencial, —el más apropiado para el cometido del ayudante, pensó Peral— que la reunión podía dar comienzo en ausencia de Vuecencia que se incorporaría en cuanto acabase con una diligencia que no podía esperar. Peral, lanzó al oficial una mirada de inteligencia cargada de paciencia, correspondida a su vez con frialdad por el ayudante.

— Dígale a su jefe que empezamos la reunión y que estamos a sus órdenes.

No hubo despedida ni comentario alguno por parte del ayudante, que sin más, se giró dándole la espalda al ingeniero inventor que permaneció inalterable sin mermar su rostro radiante mientras se acercaba al corrillo de los reunidos que no había quitado ojo a la escena.

— Caballeros: ha llegado el momento de comenzar. En este día, no hay más tiempo que perder.

Ya sentados a la mesa y tras unos breves momentos, se produjo un expectante silencio interrumpido por la voz entusiasta del marino.

— Señores, no son necesarias las presentaciones, todos nos conocemos y como podrán ver ustedes, en esta sala están representados todos los departamentos del arsenal que tienen relación con la construcción naval.

En ese momento, la pesada puerta se abrió con innecesaria brusquedad y de inmediato, todos los presentes se pusieron de pie al reconocer la figura seca y osca del jefazo seguido a dos pasos por su remilgado ayudante ahora mucho más solicito que altanero.

— Siéntense, siéntense. Pueden tomar asiento.

Con la entrada de su señoría, la expectación de los presentes se tornó tensa. El gran jefe se sentó en mitad del forzado silencio y sin más preámbulos comenzó a leer una nota impresa que le alcanzó el ayudante al que no le faltó una reverencia.

— A todos los presentes para su conocimiento y difusión entre las personas a su mando y sin menoscabo de comunicación oficial en los órganos habilitados para ello en este arsenal.

El gran jefe que sostenía una expresión muy formal carente de emociones. De súbito, eligió levantarse antes de adoptar un aire en exceso marcial con el que quiso continuar leyendo.

— Que el 20 del presente mes de abril de 1887, S. M. la reina regente Doña María Cristina que Dios guarde a ella y a su hijo nuestro futuro rey, ha firmado un Real Decreto cuyo Artículo 1º reza como sigue:—Pausa escrutadora a todos los presentes.

— "Se autoriza al ministro de Marina para disponer que con toda urgencia se proceda a construir en el arsenal de La Carraca, bajo la dirección del Teniente de Navío don Isaac Peral y Caballero, y conforme a los planos y presupuesto presentados por dicho oficial, un buque destinado a la navegación submarina, cuyo importe será satisfecho por cuenta de los créditos que en el próximo ejercicio económico se consignen para las atenciones A y G, Art. 1º de la Ley de 12 de enero del corriente año".

Nueva pausa, esta vez más larga recreándose, con cierta intimidación, en cada uno de los reunidos.

— Artículo 2º "Todos los materiales que se empleen en la construcción de este buque serán precisamente de procedencia española,

con la sola excepción de aquéllos en que el inventor considere indispensable reservarse una libertad absoluta en la elección para mayor seguridad del éxito."

El gran jefe dejó caer encima de la mesa el documento que acababa de leer y, antes de sentarse, estiró los brazos, apoyó los puños cerrados sobre el tablero, y se sentó muy lentamente hasta acodarse sobre la mesa; abrió las manos en abanico frente a su barbilla, y comenzó a repercutir los dedos de manera ostensible repasando con la mirada la cada uno de los presentes. Por último, se recostó en el sillón.

— ¿Alguna pregunta?

No hubo tiempo ni opción a planteamientos de ningún tipo, tampoco hubo lugar para las felicitaciones. Simplemente un incómodo y breve silencio, tras el cual, el preboste se despidió de los allí reunidos en tono de arenga:

— Si no hay nada entonces, debo recordar a los presentes que he dado lectura a una Orden Real, y que por tanto espero y demando que se cumpla con la mayor celeridad y acierto. Señores, eso es todo y que tengan un buen día.

Jefazo y ayudante salieron de la sala imprimiendo al cierre de la puerta el mismo toque de brusquedad que a su entrada. Con paso decidido, casi marcial, caminaron hasta llegar al gigantesco despacho donde deambulaba pensativo el ingeniero inglés John Huges acompañado de un oficial con una copa de coñac y un libro de cuentas bajo el brazo. A la entrada del jefazo tampoco hubo saludos.

— ¿Me pueden decir ustedes qué demonios ha podido fallar en ese dichoso asunto del dicromato de potasa?

El inglés parecía tranquilo, seguro del terreno que pisaba, el oficial, había dejado el coñac encima de la mesa y ahora, de pie en el centro del despacho, se escudaba de la furia del jefazo abrazando el libro. El ingeniero, se acercó despacio al carrito botellero y se expresó muy lentamente mientras servía un jerez dulce en un catavino. El ayudante quiso como desaparecer de la escena arrinconándose junto a la puerta.

— Este Peral hay que reconocer que es un hombre de recursos. Le puedo asegurar a usted que una semana antes, habíamos vaciado todo Madrid de ese dichoso dicromato de potasa, repito: todas las tiendas de Madrid.

— Entonces díganme ustedes: ¿Qué diantres ha pasado? ¿saben la cantidad de preguntas incomodas que hemos tenido que contestar ante el ministro? Por no hablar del enojo de la propia reina.—La pregunta quedó en el aire como ignorada.

— Hay algo peor que las preguntas incomodas que deba responder usted.

El oficial encargado de los acopios y el ayudante hubieran querido encontrar un hueco en el infierno ante el atrevimiento del ingeniero y la tensión que comenzaba a brotar del rostro del jefazo. El inglés, que percibió la furia, en un tono algo más conciliador continuó diciendo.

— Lo peor es que ese dichoso submarino de las narices va a necesitar durante muchos meses de toda la capacidad de producción de medio arsenal, incluido el taller de maquinaria.

El inglés acercó en tono afectivo la copa de jerez al enojado preboste que la aceptó casi de mala gana y en silencio se la bebió de un trago. Ahora, el jefazo, más calmado, buscó el sillón tras su escritorio y con un gesto invitó a que se sentaran frente a él sus acompañantes, incluido su ayudante que pareció emerger del abismo.

— Créanme ustedes, con la atención de medio gobierno puesta en nosotros por el invento de ese dichoso Peral, no sé qué va a pasar con nuestros compromisos.

— Habrá que esperar un poco hasta que logremos convencer al gobierno que con ese Peral se pierde en tiempo y el dinero de los españoles. Que no es más que un iluminado indigno de cualquier crédito.

— ¿Tiempo? Mejor dígame cómo lograr convencer a Sagasta y a Rodríguez Arias.

De nuevo, la mirada de su señoría se tornó inquisitiva.

— Dígame: ¿cómo va a convencer a la propia reina, que parece tan encaprichada del juguetito de Peral?

— Ya sabe que puede confiar en mí. Le puedo asegurar que ese juguetito como usted dice no va a entrar en el agua, y que Peral finalmente tendrá que desistir ante la evidencia de su fracaso.

— Y mientras tanto usted hace que suceda todo eso, ¿qué sucederá con nuestras entregas?

— No dice usted que Peral tiene intención de viajar a Inglaterra y Alemania. Pues si logramos de una vez por todas que Peral se vaya lejos del arsenal por una temporada, le aseguro que a su retorno, tendrá el terreno convenientemente preparado y entonces, sabrá lo que son dificultades, sí señor, sí, muchas más de las que se pueda imaginar.

— Me consta que ya está cursando órdenes de fabricación, ha hecho pedidos de material, reservado máquinas, es un ciclón este condenado Teniente de Navío. Ordenes que debo firmar yo mismo y, que están respaldadas por el gobierno con quien sé que tiene comunicación directa. Si, señores sí, y es que para colmo, ese petimetre es también un insubordinado.

— Haremos que Peral reciba su merecido. Hasta que eso suceda no tenemos más remedio que suspender toda nuestra actividad.

— Maldita sea, ahora que todo rodaba tan bien.

Por primera vez, el dedo del jefazo apuntó amenazante directo al ingeniero.

— Más vale que no falle usted otra vez y que no vuelva a ocurrir como con el dicromato de las narices.

El ingeniero aceptó el golpe y, en silencio se levantó con una ligera inclinación de cabeza antes de tomar la puerta de salida.

Y es que el asunto del dicromato de potasa que tanto irritaba al jefazo, vino a ocurrir en Madrid pocas semanas antes de que la reina regente firmara el Real Decreto que esa mañana se acababa de leer ante Peral y los jefes de producción del arsenal autorizando la construcción del submarino.